



Homenaje a la nación:

Gesta bárbara

Nuestra generación

Carlos Medina Celi

En 1918, unos cuantos moros desorbitados y tarambanas, -léase "idealistas", dada la sensatez burguesa del ambiente- fundamos una sociedad tenebrosa, o sea un "cenáculo literario" que se llamaba "Los Noctámbulos". Nuestro fin era noble y heroico: asesinar a los filisteos, ejecutarlos sin forma ni figura de juicio, **manu militari**, a base de chistes y calambures, especialmente a los del vulgo municipal y espeso. Y, después retirarnos olímpicamente del gazpanápiro mundo. Teníamos veinte años.

En nuestras noctambuleadas noharniegas por "el camino carretero", a llá, por el Ingenio Velarde y el templo de San Benito, en una de esas plácidas y gratuitas noches de luna, decidimos...

Decidimos, en fin, lo que deciden siempre los hombres que han tenido la desgracia de nacer con alas, quiero decir, mejor, con plumas: erámos ya plumíferos y mártires. Decidimos, pues, publicar una revista. Pero una revista que no fuera como todas las que en Potosí habían sido, que por el contenido no eran más que unos almanaques con versitos de Album y por la edición, peor que un asqueroso alegato jurídico. Lo nuestro tenía que ser algo inusitado, fuera de ambiente, algo bárbaro.

Se planteó, en primer lugar, lo esencial: ¿Cómo iba a llamarse nuestra revista? he aquí el conflicto. Apretatus intellectus, discurrerel. Tanto darle vueltas al magín, la cosa no salía. Alguien, picado de aristocratismo, acordándose de su abuela heráldica, propuso: "La Estirpe", violentos, interrumpimos: -No, nada de señoritín-guismos, tiene que ser algo heroico, porque tenemos que luchar contra la bestia policéfala del monstruo colectivo, y algo fuerte, catastrófico, algo bárbaro...

Entonces, uno de los nuestros, el más noctámbulo de todos los noctámbulos que no sabíamos cómo, pero que providencialmente cayó en Potosí desde Puno del Perú, Juan Cajal, discurrió el consorcio feliz: ¡Gesta Bárbara!

En una noche de junio, precisamente cuando nuestro mundo filisteo se encontraba en una función de gala en el teatro llamado "Skating", circuló nuestra elegante revista. Contra lo que esperábamos, fue un éxito.

Pocos días después, en el mismo Skating, dimos una velada. Nos presentamos como diez y ocho mozos, ya bien vestidos, eufóricos, alegres y mataperros. Cada uno se exhibió con lo mejor de su haber: madrigales, sonetos, poemas zarathústricos. Armando Palmero Nava se reveló en el piano con las "Polonesas" de Chopin y sus "Humorescas" de Dvorak y el conspicuo badulaque de Ibieta Bracamonte hizo vibrar el alma criolla del "selecto público", rasgueando en su noctámbula guitarra sus huaiños y kaluyos, y Juan Cajal conmovió, recitando maravillosamente, su poema "Al dolor", fue otro éxito.

La sociedad de potosí tuvo la sensación alborozada de que se encontraba en presencia de una generación brillante y promisor, después de tantos años en que la anterior, que ya caminaba a su ocaso, se había anulado en la inercia vegetativa de la esterilidad intelectual. Potosí esperaba, quería una nueva generación. Fue, justo en consignarlo aquí, generoso, con nosotros, esperanzada, optimista, nos alentó noble, villaimperialmente.

Todo aquel año, para nosotros, fue arte y vida dionisiaca, y también para Potosí. Despertamos a una nueva aurora al ambiente.

Desde entonces constituimos "una generación". La generación de "Gesta Bárbara". Lo que es la virtud de los higiénicos paseos por las franciscanas tierras del Potosí, y la de haber nacido "con alas en el espíritu", que decía Juan Cajal.

Nosotros éramos presuntuosos y tontos como Alcibiades, el fue nuestro Sócrates. Nos partió el espíritu: nos puso ardor en las venas y encaminó, sin darsela de maestro, -que ya lo era-, sino como camarada bohemio, demasiado bohemio entonces, el lírico rebaño.

Férvidos, lo único que queríamos en este mundo traidor, era hacer versos, versos tan lindos como la "eglogánimas" y "las aurocardias" de Julio Herrera y Reissig. Nuestro evangelio se llamaba "Los Peregrinos de Piedra". Otros andaban del brazo de Juan Ramón... (Nunca hemos incurrido en la torpeza de levantarle el apellido, tan vulgar: Jiménez!). Y por eso enamorábamos con la premeditada intención de que la víctima nos pagase con la más luciferina traición: ese era un artículo de primera necesidad para nuestros desahogos líricos.

Nuestra generación -1918- con Cajal, fue bohemía, tarambana y petardista. En literatura dimos por inexistente todo el pasado boliviano: no reconocíamos ningún precedente: éramos los Adanes literarios de Bolivia. Y en aquella época inventamos dos cosas muy útiles: el amor y la literatura. Después hemos sabido, por referencias, que esas cosas despreciables, habían ya estado inventadas, pero no importa: las inventarían en otra parte: nosotros las inventamos en Potosí, a 4.140 metros de altura sobre el nivel de la vulgaridad.

Nos creíamos llenos de fuerza, capaces de medirnos con Lugones, que por entonces, era, para nosotros, el Goliat de la metáfora, y el "así hablaba Zarathustra", cualquier de nosotros hubiese opuesto: "Así contesto Yo".

Socialmente ácratas, abominábamos de la política: esa cosa indecente, la mayor desgracia para nosotros era haber nacido en Bolivia, la cola del mundo, nuestra actitud era esa una actitud de oposición al ambiente.

Existía en nosotros una nueva sensibilidad. Por eso nos irritábamos de cosas que al resto del gaznápíro mundo le parecían bien. Éramos **pesimistas por patriotismo y patriotas por pesimismo**. Paradojalmente patriotas, nuestro patriotismo consistía en hablar mal de la patria, en decir la verdad, como otros hablan bien de ella, pero mienten.

Repudiábamos todo lo boliviano contemporáneo: nosotros queríamos vivir en la Bolivia de nuestros sueños. Queríamos modificar el ambiente, refinarlo, modernizarlo. Este patriotismo tiene su raíz en el egoísmo estético: por eso es desencantado y amargo como el de Flaubert.

Cualquier que hubiese sido nuestra "forma", se le de o no valor a nuestra generación, se la tome o no en cuenta, lo cierto es que constituimos una generación, la de 1918, la generación de gesta bárbara.

Será una generación sin optimismo, sin credulidad y sin dinero, una generación del "pueblo chico", en fin, pero, es "una generación".

"No me podrán quitar el dolorido sentir", dice Garcilaso en una de sus églogas sabrosas de agua y de arboleada. A nosotros tampoco: el dolorido sentir es nuestra insofrenable devoción estética y el sentimiento del paisaje potosino que hemos descubierto.

Escamado por la doblez de las gentes

José Enrique Viaña.

Carlos Medina Celi, cuando yo lo conocí en 1918, bordeaba la veintena y empezaba a ejercer la docencia; su mirar recto y hondo tenía, a través de sus lentes, un trasfondo de serenidad que al mostrarlo como al hombre comprensivo, lo mostraba también profundamente humano. Era generoso de alma pero, escamado por la doblez de las gentes, ocultaba esa generosidad en la agudeza mordaz que hace sonreír aún cuando hiera; todo ello lo calificaba, desde entonces, como el consejero y guía que la juventud precisa en aquellos momentos en que, para ciertos espíritus, apunta esa propensión a contraer el "sarampión literario"; de aquí que se hiciera zahorí en la tarea de conocer a la juventud boliviana en todas sus esferas sociales, lo cual le llevó a decir de los intelectuales que: "escépticos del mundo llegan a serlo de sí mismos y concluyen, como Cervantes, desconociendo su propio ideal". Carlos, como nadie, conocía el alma de esa juventud y la creía incapaz de rendir un trabajo continuado, lo que desprendía del hecho de que nacieran agrupaciones juveniles animadas de grandes proyectos y que, poco a poco, se viesen abandonadas y desintegradas sin por qué en mi memoria aparecen, entre otros, los grupos de "Palestina" o "Atalaya" que brillaron y se apagaron en seguida y pienso que si "Gesta Bárbara" no hubiese tenido a Carlos no habría florecido tampoco.

Así, estimo que su enderezar por la senda del profesorado -oficio que en veces lo movía a la sátira despiadada, a la ironía quemante-, con cuando escribiera "Camino de Perfección" (Páginas de Vida), se originó en esa sed de mover a la juventud a realizarse a plenitud. Otra fase que ahora recuerdo, y que acaba de situar el pensamiento de Carlos acerca del magisterio, es ésta donde asoma esa faceta irónica y volteriana -diría yo- de su espíritu: "Luego fue profesor de Literatura -otra forma del pongueaje intelectual en Bolivia"-, pongueaje, si porque por el hecho de ejercer la docencia, el docente se amolda a cuanta exigencia le viene de fuera, sin poderse negar a ello.

Y cómo le dolía a él, que tenía a Bolivia -la verdadera-, en el meollo de su sangre, ese "pongueaje" que hacía del maestro nada más que un obrero de un campo donde pudo ser un "partero de almas" como él fue y como soñaba que lo fueran todos! Ejercer la Mayéutica y echar a volar espíritus bien nutridos de fuerza vertical para elevarse hacia la altura, eso era lo que él quería, ya que tuvo que dolerse en alguna ocasión de que un estudiante no pudiese explicarse lo que Don Ricardo -el gran don Ricardo- llamaba "la luminosa estela".

El hubiese ido por ese maravilloso camino de la Mayéutica, pero tuvo, también, que rendir su tributo al malhadado "pongueaje" que creó enseñantes fríos y secos, pegados a la letra de los programas y no parteros de espíritu. ¡Qué vamos a hacerle!

Fraternidad hecha de trabajo, de ambición y de sabiduría

Ganabriel Churata

Yo capiscaba algo del Simbolismo y me entretenía en los primeros signos del Vanguardismo español que muy esporádicamente nos llegaba; y sobre estos movimientos solía hacer soliloquios que algunos de los camaradas participaban; pero si en algo había definido un frente fue en el entusiasmo por la poesía musical y multitudinaria del viejo Whitman, que en fogosa traducción divulgara para la América Latina el poeta uruguayo Armando Vasseur. No debo ocultar que mi actitud fue en ese entonces (y antes), quiero decir entre bárbaro y orko-patas, francamente revolucionaria, en literatura y en política, y esto me permite afirmar, pedancias aparte, que una resolución tan personal y acaso aislante como ésta, era todo lo positivamente bárbaro de nuestra conducta, pues los poetas, como grupo, rendían -habían sido algunos de ellos educados por Claudio Peñaranda- parias a la torturas preceptual, cierto que con el talento de muchachos como Medina Celi, Saavedra y Viaña.

Esto acaso explique para mí el por qué en los tres números iniciales de "Gesta Bárbara" no haya con mi firma más de un artículo, aquel dedicado a un maravilloso revolucionario peruano: Manuel González Prada, de la estirpe de Nataniel Aguirre, mientras nuestros poetas, principalmente Medina Celi y Saavedra publicaban en sus páginas lo que ya podríamos llamar sus poesías completas. ¿De acá se ha de colegir que estos portalliras eran homilidosos catecúmenos?

No, nunca. Dentro del realismo vernáculo medinaceli era un insurgente. Saavedra ensayaba formas griegas de la consonancia. Viaña estaba a punto de eclosionar dentro de la literatura social. Pero, por sobre todo los bárbaros eran iconoclastas, y, además, ninguno llegaba a los veinte y un años. Pruebas al canto: decretóse allí que ese momento (1919) de la literatura paceña no podía ser, más pedestre, como se comprobaba en una revista pilotada por ese cesáreo escritor que es Federico More, donde el intelecto, pese a su talentazo, sometido a una presión de mil atmósferas, brillaba por su inocuidad... ¿Hay algo que se pueda suscribir ahora de ese juicio? No publicaba ya el maestro Sánchez Bustamante sus sesudas divulgaciones filosóficas; Tamayo no reditara la sorprendente hazaña humanista de su "Horacio y el Arte Lírico"; ningún gran poeta se anunciaba entre los jóvenes, y si algo vibraba cabe el Illimani era chuquisaqueño o cochabambino. Medina Celi y yo -no recuerdo si también Viaña- nos entregábamos en largas sesiones con lenta y cuidada ansiedad a estudiar la Prometeida. Allí -fines del 19. creo que noviembre- descubrimos que el paramento clásico, o griego, mejor dicho, de este poema encubría un ferviente sentido de la tierra y que su espíritu era aymara, al menos que la naturaleza altiplánica no había sido por él traicionada. Además, ¿qué extraña -hay beoclos que lo sustentan- este fenómeno de clasicismo en un cerebro indígena tan rectamente configurado? La herencia que hemos recibido de toltecas, nazcas o tiaguanaecos no es por cierto romántica ni delicuescente, es herencia clásica, hierática, afirmativa. La figura del gran pensador abarcaba nuestros horizontes, como abarca los horizontes de la juventud surperuana donde se tiene por Tamayo una reverencia seguramente mayor que la que por su obra se cultiva acá. No llegaron aún a nuestras manos sus "Proverbios", donde campea un filósofo de la talla de Goethe o de Nietzsche, ni las maravillas de Los Nuevos Rubayats habían sido editadas... leíamos, analizábamos, diseccionábamos, y nos sentimos acrecer cada día un poco. Confieso que cuando nos separó el tiempo añore la fraternidad de Carlos Medina Celi, fraternidad hecha de trabajo y de ambición de sabiduría, el delectaba entonces el francés, que llegó a dominar, yo husmeaba el latín, y le sigo husmeando: Arcades ambo, ¡Ay, acaso también hice alguna falta a este niño grande que era todo cerebración con ausencia de voluntad sólo explicable en su naturaleza sutil! la cuestión era no dedicarse solamente al T con T, néctar socarrón de efectos turbios; había que subir la montaña, trabajar, estudiar, aprender. Algun día con mucho bastimento informativo se tendrá que discutir una tesis que entonces sustentamos los barbaros: la de que en Herrera Reissig después de Gongora y Argote, quedaba el cetro de la lírica hispana, y que mal pese al meliflúo Fray Luis de León, en cuyo verbo tan ricas tonalidades alcanza la lengua, y mal pese a ese hirsuto león de hoy, el Felipe -bíblico y caudaloso río español- en Reissig el habla hispana -la poética, se entiende- no obstante su acusada influencia francesa, adquiere sentidas inesperadas y de hecho anuncia la lírica biológica de César Vallejo o Pablo Neruda, hitos del fenómeno español de una España americanizada. No me dejará ponderar Saavedra Negales si guarda memoria de esos momentos en que, sin ofender su modestia, anunciábase en el un gran crítico literario, chafado en la diplomacia y el Digesto.